

TIFFANY CALLIGARIS

LESATH EVER AFTER

POR SIEMPRE JUNTOS



LESATH
Ever After
Tiffany Calligaris

ADHARA

UN OCÉANO DE COLOR VERDE

Las crines de Daeron volaron sobre mis manos y cosquillearon entre mis dedos; sobrevolábamos un prado de distintos tonos de verdes y galopábamos a tal velocidad que todo cobraba movimiento alrededor de nosotros.

Tarf asomó su cabeza desde la alforja que estaba atada junto a la montura, sus orejas anaranjadas volaban hacia atrás por efecto del viento al igual que mi capa. Entrenarlo para que no saltara había sido una tarea difícil; eso fue hasta que el zorrito descubrió que podía dormir siestas allí dentro.

Se veía contento. Su lengua flameaba a un costado de su boca. Le gustaba cuando Daeron galopaba.

Todos los seres vivos debían disfrutar de aquella infinita sensación de libertad, de cómo el mundo se deshacía en una mezcla de colores que nos saludaban al pasar. Me perdí en la sensación y cerré los ojos por unos momentos. El viento tenía su propia melodía, que se entrelazaba con el ruido de los cascos chocando contra el pasto.

Daeron sabía que íbamos de regreso a Alyssian. Su galope podía competir con el trayecto de una estrella fugaz. El bosque élfico había sido su hogar por un largo tiempo. Allí los árboles le susurraban y de seguro que el verde era más dulce. Los elfos

dejaban a sus caballos libres en vez de darles establos; decían que eran felices bajo el cielo azul.

La voz de Aiden me alcanzó a pesar del viento e hizo que abriera los ojos. Me giré hacia atrás: su yegua blanca luchaba por alcanzarnos. Podía ver el sudor oscureciendo el pelaje en su cuello a causa del esfuerzo.

Tiré de las riendas para disminuir la velocidad, hasta que el galope de Daeron se convirtió en un trote; mi caballo dejó escapar un relincho en señal de protesta.

—Lo siento, muchacho, pero debemos esperar a Alshain —dije palmeando su cuello.

Eso pareció persuadirlo. Se habían vuelto buenos compañeros; pastaban juntos y dormían cerca.

Aiden Moor no tardó en alcanzarnos. Apenas podía creer que ese hermoso mortal había unido su corazón al mío. Su pelo castaño había crecido y rebotaba por encima de sus hombros; sus cálidos ojos marrones me llamaron desde la distancia. Algo acerca de ellos me llenaba de una sensación abrumadora desde el momento en que nos habíamos conocido; recordé la forma en que lo había confundido con un elfo debido a su atractivo. Me había sentido tan avergonzada que simulé un desmayo a causa del sol.

Todo lo que había pasado desde ese entonces se sentía como un sueño: Lesath, el baile de máscaras, las batallas, la corte del Hechicero de Hielo...

Aiden y yo estábamos unidos por un ritual élfico llamado «el ritual de las siete estrellas»; su significado era idéntico al de las bodas. Quería decir que nos pertenecíamos el uno al otro, que nuestro amor tenía la aprobación de las estrellas.

—Están intentando pasar al viento —bromeó.

—Nadie pasa al viento. De tomar la forma de un caballo

sería tan veloz que nadie lograría posar sus ojos en él por más de unos segundos.

Me sonrió. Le había enseñado tanto de los elfos como podía. No quería que se sintiera tan perdido como yo cuando llegué a Lesath.

—Tal vez tomó la forma de Daeron —respondió—. Lo único que lograba ver era una mancha bordó a la distancia.

Observé mi capa: la tela estaba comenzando a desgastarse debido a tantos viajes.

—El sol pronto desaparecerá. Se ve como un buen lugar para un campamento —dijo estudiando los alrededores.

No había más que un océano de verde hacia donde fuera que viera. Habíamos pasado el límite de Lesath días atrás. El camino a Alyssian pasaba por tierras olvidadas de las que nadie hablaba. Mi padre me había dicho que dejar el bosque élfico sería fácil, pero regresar a él tendría sus obstáculos.

No estaba segura de a qué se refería, pero mantuve a Glace cerca incluso cuando dormía. La espada con la hoja de destellos azules era mi mejor aliada sin importar de qué peligro se tratara.

—¿Qué dices, Tarf? —pregunté bajando la cabeza—. ¿Es un buen lugar?

El zorro me miró con ojos alegres y saltó de la alforja de manera ágil; su pelaje anaranjado surcó los pastizales hasta desaparecer.

Aiden vino a mi lado.

—¿Milady? —dijo ofreciéndome su mano para ayudarme a desmontar.

Nunca había visto a un mortal tan persistente. Todos los días pasábamos por lo mismo.

—Puedo hacerlo sola.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué insistes en ayudarme? —pregunté.

— Porque no te he tenido en mis brazos desde la mañana.

Esas palabras hicieron que liberara mi pie del estribo y me deslizara hacia él. Aiden me sujetó de la cintura, atrayéndome contra su torso. Podía besarlo por siempre y no sería suficiente. Sus labios eran razón suficiente para elegir una vida en Lesath.

Daeron movió sus cascos contra el suelo, recordándome que seguía allí, y aún llevaba su montura.

—Deberíamos atender a los caballos —dije.

Comenzamos nuestra rutina de dividirnos tareas para agilizar las cosas. Aún me estaba acostumbrado a que solo fuéramos nosotros dos. Tenía la sensación constante de que faltaba algo y ese algo era Zul. Extrañaba al mago. Me hubiera gustado que viniera con nosotros en vez de seguir a Sorch a la corte del Hechicero de Hielo. Me pregunté cómo irían las cosas entre ellos. Podía imaginar a la joven de pelo rojo y temperamento de fuego persiguiéndolo con una estalactita solo porque estaba aburrida.

Sorch Hale. Al menos no estaba con nosotros. Los elfos nunca me perdonarían si llevaba a alguien con sus modales a Alyssian. Cada palabra que salía de su boca era una ofensa.

—Un beso por tus pensamientos —dijo Aiden.

Estaba armando la carpa, mientras yo recolectaba ramas secas para una fogata. Tarf correteaba a mi alrededor, intentando quitarme las ramas que cargaba a modo de juego.

—Estaba pensando en Zul. ¿Cómo crees que le esté yendo en la corte del Hechicero? —pregunté.

—De seguro está aprendiendo magia y sentándose todas las noches de manera puntual para disfrutar de una buena cena —dijo con humor.

Evard Lassar, el Hechicero de Hielo, era un hombre que apreciaba la elegancia y la puntualidad. Un poderoso mago que tenía su propia fortaleza en un territorio llamado Eira y que vivía al igual que un rey.

—¿Lo extrañas?

Su tono no reveló nada. No podía estar celoso del mago, nuestra relación siempre había sido de amistad. Incluso cuando simuló tener un interés en mí para que nadie sospechara de sus sentimientos por Sorchá.

—Por supuesto que lo extraño. Es mi amigo —respondí—. Mi primer verdadero amigo.

Zul y yo nos entendíamos el uno al otro. Habíamos tenido una relación fácil desde que nuestros caminos se cruzaron en Zosma. En todas las tormentas de emociones por las que me había hecho pasar Aiden, Zul había sido suelo firme. Alguien con quien liberar mis pensamientos y hablar de temas que me confundían.

—Si soy honesto, yo también lo extraño un poco —respondió—. En especial las noches en que hay que hacer guardia.

—Espero que Sorchá no lo haya matado —dije.

Aiden dejó escapar una risa.

—No me sorprendería. —Hizo una pausa y agregó—: Supongo que lo sabremos cuando regresemos para nuestra boda.

Nuestra boda. Me concentré en las ramas, ignorando los nervios que me causaban esas palabras. Mis abuelos, Iara y Helios, vivían en un pueblo llamado Naos y habían insistido en organizarnos una boda allí. Delante de todo el pueblo. No entendía por qué no podía ser algo íntimo sin tanta atención. Aiden y yo, ellos, Elana, Zul, un vestido blanco y un pastel. No necesitábamos más que eso. Pero Iara había tenido tal entusiasmo que sentía que se lo debía luego de todos los incon-

venientes que le había ocasionado cuando escapé de su casa y me uní a Aiden y Zul para pelear contra el Concilio de los Oscuros.

—Tal vez pueda pedirle que conjure una tormenta. Eso ahuyentaría a un par de invitados —dije.

Bajé las ramas donde el pasto no era tan alto, mientras mantenía un ojo sobre Tarf antes de que robara otra.

—¿Temes jurarme amor eterno delante de tantas personas?

—No. Un juramento es un juramento, que haya más personas oyéndolo no lo hace más cierto —respondí.

—Me gusta la manera en la que piensas. El mundo debe ser sencillo frente a tus ojos.

Vino hacia a mí, para ayudarme con el fuego.

—Además, ya te juré amor eterno una vez —continué—. No entiendo por qué debemos hacerlo de nuevo con semejante celebración.

—Solo quiero unirme a ti de todas las maneras posibles —dijo Aiden llevando una mano a mi mejilla—. No puedo esperar a verte caminar hacia mí en un vestido blanco y sellar nuestros votos con un beso.

Esa parte sí me gustaba.

—¿Luego compartiremos anillos que se ven igual? —pregunté al recordar lo que me había explicado Iara.

Asintió.

—Estoy feliz de que mi madre sea parte de eso. Nunca pensé que la tendría conmigo el día de mi boda —admitió contento—. Si ella y Iara quieren invitar a todo el pueblo, está bien por mí.

Aiden había pasado años creyendo que su madre estaba muerta. Me alegraba que se hubieran reencontrado. Elana era una mujer muy agradable.

—De seguro ambas estarán contentas. —Hice una pausa y agregué—: Desearía que mis padres pudieran regresar con nosotros.

Mi padre era un elfo y mi madre una humana. Lo que me hacía una media elfa. Mi padre, Adhil, había hecho un hechizo para vincular la vida de mi madre, Selene, a la inmortalidad que les ofrecía el bosque de Alyssian. No podían dejarlo. No sin que ella perdiera aquel don y continuara envejeciendo.

—Lo sé —dijo Aiden—. Pero al menos tendré la oportunidad de conocerlos.

Podía advertir algo de nervios en sus ojos. ¿Qué pensarían mis padres de él? Esa pregunta me acompañaba desde hacía días. Los elfos sentían diferente, con una calma que era ajena a la intensidad de las emociones que reinaban a los mortales. Tenían una infinidad de tiempo. Ante los ojos de mi padre no era más que una niña. ¿Qué eran diecinueve años en comparación a una eternidad?

—¿Qué queda de comida? —pregunté.

Aiden buscó el saco con las provisiones que habíamos juntado en el último pueblo por el que habíamos atravesado.

—No mucho. Unas zanahorias, un poco de maíz, un par de manzanas, una pieza de pan —dijo mientras revolvía su interior—. Y unas fresas que separaste para Tarf.

Este se acercó al oír su nombre. Lo tomé en mis brazos y pasé una mano por sus suaves orejas. El zorrito permaneció quieto, contento de quedarse allí.

—Tendremos que buscar una aldea cercana o pasaremos hambre.

—Es un largo camino a Alyssian —respondió Aiden—. Uno que de seguro será una aventura.

PEQUEÑO LOBO

Despertar con Aiden a mi lado, con el pelo revuelto alrededor de su rostro, era mi parte favorita de nuestra nueva vida. Nunca me cansaría de la mueca risueña que se extendía por sus labios, señal de que estaba perdido en algún sueño.

Aiden, el mortal cuya belleza competía con la de los elfos.

Tarf bostezó. El zorro estaba hecho un ovillo naranja a un lado de mis pies. Estar junto a él y Aiden significaba que estaba en casa, aun si cambiábamos de lugar todos los días.

Tomé mis prendas y me cambié de manera silenciosa; una camisola con flores bordadas en las mangas, pantalones de montar, botas, mi capa y Glace.

Los vestidos se habían vuelto incómodos luego de pasar tanto tiempo arriba de Daeron. Sin mencionar que estaban impregnados de la tierra del camino.

Salí de la carpa hacia el estallido de verde que me esperaba afuera. Daeron y Alshain descansaban donde los pastizales eran más altos. El pelaje zaino de Daeron brillaba bajo el sol, mientras que Alshain era una visión en blanco.

Tomé una manzana del saco de comida, y estos no tardaron en acercarse, estirando su hocico contra mi mano de manera esperanzada.

No podía rehusarme a esos conmovedores ojos, por lo que tomé dos manzanas más y una tira de carne seca para Tarf. Aquel saco pronto estaría vacío.

—Buena mañana, hermosa —dijo la voz de Aiden desde la carpa.

—Buena mañana —respondí.

Se asomó, estirando sus brazos en dirección al cielo. La camisola de lino que llevaba mostraba los rastros del camino. Tendríamos que encontrar un río donde lavar nuestras prendas.

—¿Tienes el mapa? —pregunté—. Deberíamos averiguar dónde estamos.

Aiden tomó un pergamino de una de las alforjas y se sentó a mi lado, extendiéndolo frente a nosotros.

—Pasamos este punto hace unos días —dijo haciendo un trazo con su dedo—. Todas estas tierras no tienen nombre, a excepción de esta cruz de aquí: El valle de Varg. Debemos estar adentrándonos en él. El dibujo de los árboles cambia luego de ese tramo, por lo que debemos cruzarlo hasta llegar a Alyssian.

Varg. Ese nombre me era vagamente familiar. Había oído historias que lo mencionaban, pero no lograba recordarlas.

—Con fortuna encontraremos alguna aldea —dije.

—Nos las ingeniaremos.

Aiden me atrajo hacia él y besó mi hombro.

—Es temprano, tenemos algo de tiempo antes de partir...

Tomé la empuñadura de Glace y desenfundé la hoja con sigilo. Conocía aquel tono de voz, era más juguetón que acalorado. Me giré tan rápido que apenas le di tiempo de tomar su arma.

Entrenar se había vuelto una rutina, además de una especie de juego.

—Ni siquiera me permitiste un momento para terminar de besarte —me dijo con una risa.

—No hay lugar para besos en el campo de batalla —respondí.

Negó con la cabeza; los mechones castaños cayeron sobre su frente.

—Estoy en desacuerdo —respondió.

Balanceé la espada en mi mano, preparando mis músculos. Aiden era un gran espadachín. Cuando nos conocimos había tenido la certeza de que era mejor que él, pero últimamente no estaba tan segura. De ser enemigos en un duelo era difícil de decir quién ganaría. Tal vez yo, gracias a mi sangre élfica.

Las hojas de acero se encontraron en el medio. El resplandor azulado de Glace destelló contra el plateado. Tomé la ofensiva, obligando a Aiden a retroceder unos pasos. Este movió sus pies, con la mirada en mí, desconcentrándome, y luego se giró, atacándome por mi otro costado.

Mi brazo llegó allí antes que el de él.

—Crees que puedes distraerme porque eres tan...

Retuve la palabra.

—¿Tan? —dijo levantando sus cejas.

Ninguno se movió. Aguardé a que hiciera su próximo ataque, pero simplemente permaneció allí; su espada obligó a la mía a continuar bloqueándola.

—¿Tan? —insistió.

—Encantador —concedí.

Sonrió, contento con sí mismo, y retrocedió un paso. Si quería valerse de esos trucos, yo también podía hacerlo. Moví mi pelo a un costado y me paseé alrededor de él. Nunca estaba segura de qué hacer para seducirlo. Moverme de manera más lenta, dejando que el viento jugara con mi pelo, usualmente funcionaba.

Los ojos marrones de Aiden me siguieron con cierto brillo travieso, aunque mantuvo la guardia en alto.

—Cuidado, Milady, no vaya a ser que robe mi corazón sin siquiera utilizar su espada.

Eso me hizo reír.

—No puedo robar algo que ya me dio bajo la luz de siete estrellas, Milord —respondí.

Estiré mi brazo hacia él en un ataque repentino y este desvió la punta de Glace antes de que tocara su brazo. La secuencia continuó con ambas espadas chocando en una danza de movimientos que nos mantuvo ocupados durante un rato.

Sin importar qué tan veloz fuera, Aiden se movía con tanta agilidad que no tardaba en perder la ventaja.

—Creo que terminamos por hoy —dijo acercándose.

—No, ninguno logró desarmar al otro —protesté.

Este levantó su brazo, haciendo que me volviera alerta, y luego sus dedos liberaron la empuñadura de la espada.

—Me rindo.

—¡Aiden!

—Lo siento, pero me gustaría pasar tiempo contigo antes de comenzar el día de marcha.

Enfundé a Glace y correteé lejos de él en señal de juego. Aiden se apresuró detrás de mí, persiguiéndome por el prado verde hasta que me dejé atrapar, y ambos caímos entre los pastizales. El beso que siguió hizo que me rindiera contra sus brazos. Nos hizo rodar a un costado, posicionándome debajo de él, de manera que pudiera sentir su torso sobre el mío. Su respiración cosquilleó en mis labios y nos encontramos en un beso que me hizo olvidar todo sobre el colchón de pasto bajo mi espalda, concentrándome en la sensación de sus manos sobre mi cuello y mi cintura.

La mirada traviesa que iluminó sus ojos hizo que yo también lo explorara. No quería pensar, solo entregarme a la sensación de su piel cantándole a la mía.

Marchamos a un paso moderado, ya que no queríamos cansar a los caballos hasta encontrar más provisiones. Daeron tiró de las riendas de manera insistente hasta resignarse a que ese día no galoparía.

El Valle de Varg. El nombre hacía eco en mi cabeza, intentando despertar algún recuerdo. Nuestros alrededores no se sentían tan despreocupados como antes. A medida que avanzamos el prado comenzó a transformarse en un terreno más denso cercado por montañas. No tenía suficientes árboles para ser un bosque, aunque podía oír animales moverse entre las sombras de los troncos.

Tarf tenía la cabeza fuera de la alforja; su hocico, atento en el aire. Si me concentraba en escuchar podía distinguir el susurro de pisadas detrás de otros sonidos. Era tan leve que no podía distinguir si se trataba de un animal o una persona. Solo que estaba allí. Silencioso. Constante.

Mis ojos buscaron los de Aiden y le hice un gesto para que estuviera alerta. Este trajo a Alshain a mi lado y reposó una mano sobre la empuñadura de su espada de manera casual.

No tenía aquella sensación ansiosa desde hacía un tiempo. Todo había sido tan tranquilo desde que habíamos derrotado a los warlocks que por poco olvidaba el sigilo con el que podía presentarse el peligro.

—¿Oyes pasos? —susurré.

Aiden se enfocó en los alrededores por unos momentos y luego negó con la cabeza.

—Tal vez lo estoy imaginando.

—No. Confío en tus instintos —respondió.

—De haberme dicho eso cuando nos conocimos, las cosas hubieran sido más fáciles.

La expresión de Aiden me hizo sonreír.

—Nunca dije que no confiaba en tus instintos.

—Pero actuabas como si fuera una damisela en apuros que desconocía los peligros del mundo.

—Porque es lo que eras —replicó—. Una hermosa damisela con largo pelo marrón que atrapa los rayos del sol y lindos ojos verdes que desconocía que su sangre élfica la ponía en peligro de los warlocks.

Supongo que había verdad en eso. Era cierto que no sabía nada acerca de cómo el Concilio de los Oscuros gobernaba Lesath o que ser una media elfa me convertiría en un blanco.

—Estoy lejos de ser una damisela en apuros —dije sin poder evitarlo.

—Lo sé. Lo dejaste en claro cuando derrotaste a Seith.

Los recuerdos de aquel duelo se desplegaron frente a mis ojos. El rostro de Seith aún me visitaba en sueños y pesadillas. Nunca dejaría de ver su sangre en la hoja de Glace, la acusación furiosa en sus ojos antes de cerrarse. Lo había matado para salvar mi vida, pero eso no lo hacía menos difícil.

Tarf se trepó a mi regazo, estirando su cabeza en dirección a los árboles. Los pasos fantasmas seguían allí. Eran menos que un susurro. Alguien nos estaba siguiendo.

Detuve a Daeron y Aiden me imitó.

—¿Hola? —dije levantando la voz—. Sé que nos estás siguiendo, puedo oírte.

El silencio que nos rodeaba nos devolvió más silencio. No podía ver más que pasto, rocas y árboles, pero estaba allí. La

postura atenta de Tarf me decía que él también lo oía. De seguro también podía olfatearlo.

Estaba por hablar de nuevo cuando una pequeña silueta se desprendió de uno de los troncos. Mi mano se cerró en la empuñadura de Glace.

—¿Quién eres? —preguntó Aiden.

La sombra caminó hacia nosotros con pasos que apenas se oían. Era un niño. Llevaba prendas grises y un collar con colmillos.

—Faolan —respondió—. Significa «pequeño lobo».

—¿Por qué nos estás siguiendo, Faolan? —pregunté.

—Los oí y decidí acercarme a investigar. Estaba aburrido. Hace tiempo que nadie visita el valle —respondió.

A pesar de ser un niño no se veía indefenso. Su pelo oscuro estaba revuelto de manera salvaje y había algo acerca de su postura. Pequeño lobo. Aquel nombre le iba bien.

Tarf saltó de mi regazo, acercándose a él con curiosidad.

—¡Tarf!

Faolan estiró su mano hacia él, permitiendo que lo olfateara.

—Debo oler a Rudy.

Aiden y yo intercambiamos miradas. Necesitábamos provisiones, ese niño no podía vivir lejos. Lo que significaba que tenía que haber un pueblo.

—¿De dónde vienes? —pregunto Aiden en tono amistoso.

—Soy de aquí. De Varg.

—¿Crees que puedas guiarnos a un lugar donde podamos comprar provisiones? Hemos estado viajando desde hace un tiempo —dije.

Me miró de manera detenida. Sus ojos me recordaron a los de Zul. Su tono gris era más oscuro, aunque igual de misterioso.

—Eres una elfa —notó—. Es la primera vez que veo a otro elfo además de a Connell.

Aquel nombre tiró de la historia que no podía recordar. Lo había oído antes. Estaba segura.

—¿Conoces a un elfo llamado Connell? —pregunté.

Este asintió. Tarf estaba correteando entre sus piernas, olfateando su vestimenta como si hubiera encontrado algo de interés.

—Connell, el lobo de Varg —dijo con reverencia—. Nuestro líder.

No sonaba exactamente amistoso. Los elfos nunca escogían la violencia de tener una opción, valoraban la vida de todos los seres vivos. Pero aquel elfo había escogido quedarse allí, fuera de Alyssian, por lo que tal vez no pensaba de la misma manera.

—Creo que estaremos mejor si seguimos nuestro camino —me susurró Aiden.

Su expresión me dijo que pensábamos lo mismo. Era un riesgo innecesario. Estábamos en un valle, de seguro encontraríamos fresas y otros frutos.

—Connell querrá conocerlos —dijo Faolan—. En especial a ti.

Un fuerte silbido escapó de sus labios, tomándonos por sorpresa. Se perdió entre los árboles cargando algún mensaje que de seguro resultaría en más personas.

—Tal vez yo no quiera conocerlo a él —repliqué.

Tarf debió oír la advertencia en mi voz ya que trepó por mi pie, metiéndose en su alforja. El niño no parecía cargar más que una daga en su cinturón. No quería lastimarlo. No lo haría.

—Estás en Varg. La palabra del lobo es ley —dijo de manera testaruda.

—Adhara.

La forma en que dijo mi nombre habló por sí sola. Llevé mis talones a los flancos de Daeron, esquivando al niño, y lo dejé galopar. El ruido de los cascos de Alshain me confirmó que Aiden venía detrás.

Galopamos por un tramo sin mirar atrás. Pensé que habíamos evitado lo que fuera que viniera por nosotros cuando oí un aullido tan alto y prolongado que erizó el pelaje en el cuello de Daeron.

Un lobo.

*Corre, corre, pobre viajero,
de nada te servirá.
Oye, oye, pobre viajero,
El aullido del lobo de Varg.*

El recuerdo tomó forma. Podía oír el canto del maestro Elasar y verme a mí misma sentada junto al resto alrededor de una fogata.

—Al menos hemos estado entrenando —dijo Aiden.

—Si es un elfo, yo lidiaré con él.

Me contradijo con la mirada.

—Aiden.

—Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos.